

El conflicto árabe-israelita: génesis y nudo

FRANCISCO ACEBES DEL RÍO

*Madrid, 2011*

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A

28013 Madrid

Depósito Legal: X-xxxxx-2011

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

## EL CONFLICTO ÁRABE-ISRAELITA: GÉNESIS Y NUDO

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL AUTOR EN LA UNIVERSIDAD DE  
MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA EL DÍA 26 DE SEPTIEMBRE DE 2011)

Entre 1960 y 1973 (con excepción de casi dos años que residimos en Etiopía y el Yemen) viví con mi familia en la zona que hemos dado en llamar Oriente Próximo, es decir, la antigua Palestina (hoy ocupada por los estados de Jordania e Israel), el Líbano, Siria y la franja de Gaza, entonces administrada por Egipto. Durante esos trece años se sucedieron dos periodos bien marcados: uno de relativa paz, con escasos incidentes entre 1960 y 1967, y otro de gran actividad militar y política desde la conocida como *Guerra de los Seis Días*, en junio de 1967, que concluyó con la conquista por el ejército israelita de Jerusalén, de las alturas de Golán en Siria, de toda la Cisjordania y del desierto de Sinaí, y que conllevó además el cierre del Canal de Suez, vía vital para el tráfico marítimo internacional, especialmente de petróleo.

Esa etapa de nuestras vidas nos permitió conocer y apreciar a dos grandes pueblos: árabes e israelíes, aparentemente condenados a vivir juntos desde hace 4.000 años. Dos pueblos hermanos, ambos semitas, ambos descendientes del gran patriarca Abraham. Dos pueblos tenaces. Los judíos ofrecen un raro ejemplo de persistencia en sus ideas a través de los siglos en medio de una gran dispersión e inestabilidad. Los árabes han sido tan persistentes en su relación con su tierra como sus hermanos semitas judíos con su religión. La península árabe solo ha estado políticamente unida en vida del profeta Mahoma y se desintegró a su muerte, pero el pueblo árabe se ha mantenido apegado a su tierra a lo largo de su historia. Politeístas hasta el advenimiento del Islam, mayoritariamente musulmanes después, nunca abandonaron su tierra y enfrentaron las sucesivas ocupaciones extranjeras, como dice el proverbio árabe, *hasta ver pasar ante su puerta el cadáver del enemigo*.

Me interesé por la fascinante historia de Palestina y ahora, desde el afecto y el respeto por estos dos pueblos, pretendo presentaros algunas notas con la esperanza de que os faciliten la comprensión de este drama humano. Espero hacerlo objetivamente.

Es conveniente que nos situemos en el entorno geográfico e histórico de Palestina. Por su posición geográfica, Palestina ha servido de puente, de cruce de caminos, entre Europa, Asia y África, entre Oriente y Occidente, entre Norte y Sur. Es una tierra de contrastes: un país montañoso, con una meseta central que, por su vertiente oriental desciende abruptamente para formar el valle del río Jordán, que dividía la antigua Palestina en dos zonas bien definidas: Cisjordania (la vertiente occidental que desciende suavemente hasta el mar Mediterráneo formando colinas onduladas y una fértil planicie costera) y Transjordania, eminentemente desértica. Transjordania, desgajada de Palestina en 1921, es actualmente el Reino Hachemita de Jordania.

En su devenir histórico, Palestina ha sido invadida y dominada por prácticamente todos los grandes imperios. Babilonios, egipcios, hititas, asirios, persas, griegos, romanos, árabes, turcos y británicos, además de los cruzados, han gobernado, unas veces con equidad y muchas veces con crueldad, los destinos de los palestinos. Gaza es la ciudad del mundo que más veces ha sido atacada y destruida. Paradójicamente, en medio de tanto horror se originaron en esta zona las tres grandes religiones monoteístas: judaísmo, cristianismo e islamismo.

Según los textos bíblicos, el conflicto árabe-israelí tiene su antecedente histórico más remoto en la invasión de las tierras de Canaán, la Palestina histórica, por los hebreos, un pueblo de origen semita, conducidos desde Ur (Caldea) en 1850 a.C. por su patriarca Abraham, pastor nómada, a quien Yahvé (Dios) había prometido esas tierras, obviando que otros pueblos semitas ya habían emigrado anteriormente. Los hebreos se asentaron en las cercanías de la ciudad actual de Hebrón, a 35 kilómetros de lo que es hoy Jerusalén.

Como seguramente recordareis los estudiantes de Historia Sagrada de nuestros lejanos años del colegio, Abraham casó con Sara pero, tras diez años sin descendencia y reconociendo su esterilidad, Sara decidió entregarle como mujer a su esclava egipcia, Agar, para que pudiera darle descendencia. De esa unión nació Ismael. Unos años más tarde, Dios escuchó los deseos de Sara y, a pesar de su avanzada edad, Sara concibió a Isaac. Temerosa entonces Sara de que Ismael reclamara su derecho de primogenitura obligó a Abraham a alejar a Agar, quien

vagó con su hijo por el desierto de Beersheba y fue visitada por un ángel de Dios que le prometió que haría de su hijo una gran nación.

De ahí que la tradición sitúe a Ismael y a su hijo Adad como padres de los árabes, por lo que se les identifica como adaditas o árabes arabizados. Se cree que el profeta del Islam, Mahoma, era descendiente de la tribu árabe adadita Quraysh. Otras fuentes consideran a los árabes como descendientes directos de Noé a través de su hijo Sem. Son conocidos como árabes puros.

Un hijo de Isaac y nieto de Abraham, Jacob, a quien Dios cambió su nombre por el de Israel, emigró con su familia a Egipto alrededor del 1630 a.C. buscando la ayuda de José, uno de sus doce hijos, quien, tras haber sido vendido por sus hermanos, alcanzó el favor del faraón y la dignidad de príncipe en Egipto.

A su muerte, Jacob (o Israel) fue enterrado en la cueva de Macpela, en Hebrón, lo que hace a esta ciudad estar considerada como uno de los lugares más sagrados, tanto para árabes como para judíos, porque allí están las tumbas de los patriarcas comunes: Abraham, Sara, Isaac, Rebeca (esposa de Isaac y madre de Jacob) y Jacob. Lamentablemente, Hebrón es también uno de los lugares de mayor tensión: en febrero de 1994 un fanático religioso (no voy a mencionar su religión pues no es importante) ametralló a un grupo que oraba en la cueva matando a 29 personas e hiriendo a 125.

Durante 430 años los israelitas crecieron y se multiplicaron en Egipto, quizá demasiado pues llegaron a ser considerados un peligro; fueron reducidos a esclavitud y, finalmente, amenazados de muerte por los egipcios. Para salvarlos, Dios ordenó a Moisés hacia 1230 a.C. que condujera a su pueblo de vuelta a la tierra prometida en Canaán, la que alcanzaron tras 40 años errando por el desierto de Sinaí. A su llegada a Canaán los israelitas se dividieron la tierra entre las doce tribus que descendían de los doce hijos de Jacob.

Canaán estaba ocupado entonces por varias pequeñas naciones, entre ellas los *pu-  
lestin*, los filisteos, un pueblo de origen indoeuropeo que se había asentado allí y que, aunque sólo dominó la costa sur mediterránea de Canaán, dio nombre a Palestina.

Con la derrota de los filisteos por David hacia el año 1000 a.C., y su entronización como rey por el juez Samuel, comienza realmente el dominio de los hebreos en Palestina. David instaló su capital en Jerusalén y su hijo, Salomón, levantó el primer templo en el monte Moriah en recuerdo del sacrificio de Abraham. El do-

minio de los israelitas, aunque escindidos en dos reinos separados, Judea e Israel, duró, con altibajos, algo más de cuatro siglos, hasta que en el 587 a.C. los babilonios conquistaron el reino de Judea. Los nuevos invasores arrasaron y derribaron el templo y la ciudad de Jerusalén, y se llevaron en cautividad a Babilonia a todos los judíos excepto, según dicen las crónicas, *a los más pobres de la tierra*. El Estado judío desapareció; sólo se mantuvo viva su religión.

Después vendría la invasión persa, la conquista griega por Alejandro Magno y la triunfante revuelta de los macabeos judíos en el 142 a.C.

Con los macabeos, el reino de Judea volvía a existir tras 445 años de oscuridad. Sin embargo, las diferentes interpretaciones religiosas le llevaron al desgobierno y la separación en sectas. Unos, los saduceos, más cultos, querían adaptar la ley mosaica al pensamiento griego; otros, los fariseos, se consideraban los únicos puros y propugnaban ceñirse estrictamente a la ley de los profetas; un tercer grupo, los zelotes optaban por la supremacía de las armas para defender la religión: por último, los esenios se separaron de la teología del templo y eligieron vivir como eremitas movidos por una fuerte convicción en la salvación por la purificación por las aguas y la esperanza en la llegada del Mesías. Los esenios se asentaron en la orilla occidental del mar Muerto, donde fundaron un monasterio. Eran escribas y de ellos son los famosos Manuscritos del Mar Muerto o Manuscritos de Qumran, los rollos bíblicos más antiguos conocidos –cálculos científicos los datan de alrededor del año 33 de nuestra era–, descubiertos a mediados del siglo pasado en unas cuevas de las colinas cercanas al monasterio esenio, hoy en el museo de la Biblia de Jerusalén.

A propósito –saliéndonos algo del tema–, algunos sostienen que San Juan Bautista frecuentó o perteneció a esa secta, pero no ha sido suficientemente probado. Como tampoco lo ha sido la hipótesis de que Jesús pasara desde los 12 a los 30 años –etapa de su vida que no está documentada– formándose con los esenios, lo que, de ser cierto, explicaría el hecho de que bastantes de sus frecuentes parábolas fueran comunes a los esenios, así como el gran conocimiento de las escrituras que después expuso Jesús en sus prédicas y el que sus discípulos lo llamaran *rabbí*, maestro o doctor de la Ley.

Los romanos ocuparon Judea en el 63 a.C. como protectorado, con reyes judíos como tributarios. Desde el año 37 a.C., Herodes, *el Grande*, bajo la protección de los romanos, reconstruyó el templo y la ciudad de Jerusalén.

Herodes, *el Grande*, constituye el epítome del palestino: idumeo de nacimiento, romano por necesidad, judío por matrimonio y griego por cultura y gustos. Durante su reinado, hacia el año 6 o 7 a.C., nació Jesucristo. Herodes murió en el año 4 a.C., cinco días después de haber ordenado la matanza de los inocentes. De él se dijo que *robó el trono como un zorro, gobernó como un tigre y murió como un perro*.

Los judíos se rebelaron contra Roma en el año 66 d.C. La rebelión concluyó con un terrible asedio a la ciudad de Jerusalén, la toma y destrucción de la ciudad y la quema del templo por el general romano Tito el año 70 de nuestra era. El historiador Flavio Josefo, judío romanizado, dice que murieron durante el asedio un millón de personas, lo que parece una exageración.

Solo contados judíos, dedicados a profundizar en los estudios bíblicos, quedaron en Palestina; el resto se dispersó por Europa, los países árabes cercanos y el Norte de África. Aún así, en el año 132, en respuesta a una revuelta violenta de los seguidores de Simón, un auto-proclamado Mesías, los romanos arrasaron Jerusalén, asesinaron, esclavizaron o exiliaron a la mayoría de la población judía y levantaron una nueva ciudad, AElia Capitolina, a la que ningún judío podía entrar.

La nación judía expiró políticamente pero continuó viviendo espiritualmente. Gran parte del pueblo judío, especialmente los devotos religiosos, mantuvo en la diáspora la ilusión, aparentemente utópica, de regresar un día a Jerusalén. Durante dos mil años, al celebrar la Pascua hebrea, oraban por reunirse *el año que viene en Jerusalén* y prometían que *si algún día te olvidara, Jerusalén, que me falle la mano diestra*.

Este periodo de oscuridad en la historia de los judíos contrasta con el fulgor del pueblo árabe movido por la fe que le inspiró las enseñanzas de Mahoma, un exconductor de caravanas y comerciante nacido en la Meca en el 570 que, a los cuarenta años, recibió su misión profética, el Islam (sumisión), que se expandió teológica y militarmente con rapidez hasta el punto de sentirse capaz de atacar a los debilitados imperios bizantino y persa poco antes del fallecimiento del profeta en año 632.

Movidos por su firme convicción religiosa y con la cohesión guerrera heredada de su mundo tribal, los ejércitos árabes vencieron al emperador de Bizancio en el año 634, conquistaron toda Mesopotamia entre los años 635 y 639, Siria en el 636, Palestina en el 638, Egipto y Persia en el 642, Libia en el 643,

Túnez en el 647 y completaron la conquista de España entre el 711 y 716 tras haber ocupado previamente Chipre, Rodas y todo el Norte de África, y haber dado forma política al movimiento religioso con la creación del califato Omeya en Damasco en el año 611.

Al igual que habían hecho los romanos unos siglos antes, los árabes conjugaron la estrategia militar con la política mediante la oferta de capitulaciones benignas que aseguraban el respeto a la situación personal, jurídica, religiosa y administrativa de los habitantes de las tierras conquistada, quienes inmediatamente pasaban a ser sus protegidos.

La expansión árabe en Europa fue detenida por Carlos Martel en Poitiers y el ímpetu árabe inició su declive y fragmentación política hasta que en el año 1071 cedió Palestina ante unos nuevos conversos: los turcos selúcidas, lejanos descendientes de un general de Alejandro Magno de origen asirio, que serían expulsados por los cruzados de Godofredo de Bouillon en 1099. El dominio cruzado de Palestina finalizó tras su derrota por el kurdo Saladino en 1187. A partir de entonces, Palestina sería gobernada por musulmanes hasta el mandato británico.

Cuando Benjamín de Tudela, judío español (que tiene una calle con su nombre en Jerusalén), viajó por Palestina entre 1.163 y 1.173 había solamente 1.100 judíos. La presencia judía en Palestina sólo se incrementó a raíz de las persecuciones religiosas contra los judíos europeos que, a partir del siglo XV, tras su expulsión de España por los Reyes Católicos en 1492, y de Portugal en 1496, buscaron refugio allí. Los judíos *sefaradim* o sefarditas (España en hebreo es *Sefarad*) llevaron consigo su dialecto español, *ladino* o sefaradí, mezcla de castellano y hebreo, y asumieron la dirección de la comunidad hebrea. Cuando yo llegué a Jerusalén en 1960 conocí a algunas familias judías, cuyos antepasados procedían de Salónica (Grecia), que todavía usaban el *ladino* corrientemente en familia. He disfrutado de algunas entretenidas veladas charlando y escuchando viejos romances castellanos en *ladino*, algunos de los cuales yo también recordaba.

Tras la ocupación otomana de Palestina en 1517, las nuevas autoridades turcas favorecieron la inmigración judía y concurrieron judíos *ashkenazim* (de Alemania, que en hebreo es *Ashkenazi*) muy devotos, que provenían, en especial, de Rusia, Polonia, Lituania y Hungría. Hablaban *yidish*, una mezcla de hebreo y alemán medieval escrito con caracteres hebreos, idioma que también usaban los que huyeron de las masacres de judíos en Ucrania en 1648-49.



La verdad es que desde que el papa Urbano II convocara la primera cruzada en el siglo XI, la vida no había sido un camino de rosas para los judíos en Europa. Estos párrafos del libro *Oh, Jerusalén*, de Dominique Lapierre y Larry Collins, lo ponen de manifiesto:

*La mayor parte de los Estados negaba a los judíos el derecho a la propiedad de la tierra. Les estaba igualmente vedado el acceso a los gremios artesanos y mercantiles de la Edad Media. La Iglesia prohibía a los cristianos, además, trabajar para los judíos e incluso vivir entre ellos (...) En 1215, el cuarto Concilio de Letrán decidió hacer de los judíos una verdadera especie aparte, obligándoles a llevar una señal distintiva. En Inglaterra era una insignia que representaba las Tablas de la Ley (...) En Francia y Alemania era una O de color amarillo, precursora de la estrella amarilla que eligiría el Tercer Reich (...) Eduardo I de Inglaterra y Felipe, el Hermoso, de Francia, expulsaron de la noche a la mañana a los judíos instalados en sus reinos, lo que les permitió apropiarse de la mayor parte de sus bienes. Se acusó a los judíos de cometer muertes rituales de niños y de extender la terrible peste negra emponzoñando los pozos con un polvo hecho de arañas machacadas, ancas de rana, lagartos, intestinos de cristianos y hostias consagradas. Después de esta acusación, más de doscientas comunidades judías fueron totalmente exterminadas. Y después del asesinato del zar Alejandro II, en 1891, las multitudes fueron oficialmente estimuladas para asesinar a los judíos. En lo sucesivo, esta población (judía) de los países del Este sólo escaparía al exterminio replegándose sobre sí misma en un apoyo fanático a su religión (...)*

La ola de antijudaísmo que recorrió parte de Europa a finales del siglo XIX culminó en Francia con el caso *Dreyfus*. Alfred Dreyfus era un capitán de artillería francés-alsaciano, de religión judía, que en 1895 fue injustamente acusado de haber espiado para Alemania, degradado públicamente y humillado por una multitud vociferante que pedía su muerte y la de los judíos, tras lo cual fue condenado a cadena perpetua y desterrado a la colonia penal de la isla del Diablo en la Guayana Francesa. La publicación del celebre artículo de Émile Zola, *Yo acuso*, en 1898, que demostraba la inocencia del capitán Dreyfus y la amplitud del violento nacionalismo y antisemitismo de parte de la sociedad francesa, sacudió las conciencias de las sociedades europeas.

Un periodista húngaro de 27 años, Theodor Herzl, judío perfectamente asimilado, residente en Austria, que cubría la noticia para el diario más importante de Viena, quedó horrorizado al ver las escenas que siguieron a la degradación de Dreyfus. En ese

momento se convenció de que los judíos, con la expansión de los nacionalismos, sólo estarían a salvo en un Estado-nación propio, y determinó dedicar su vida a lograrlo.

Herzl fundó oficialmente el movimiento sionista, eminentemente laico, en un congreso judío celebrado en Basilea (Suiza) en 1897. En su libro, *El Estado judío*, reclamaba un Estado propio, públicamente reconocido y seguro, para todas las comunidades judías dispersas por el mundo y abogaba por el retorno de los judíos a Palestina, haciéndose eco del ferviente deseo expresado anualmente en tantos siglos de diáspora. Herzl predijo que, aunque pareciera en ese momento un dislate, el Estado judío sería una realidad en cincuenta años más. Era una auténtica utopía, pero aún así el congreso diseñó una bandera y un himno para el nuevo país. Y, más pragmático, también creó una oficina judía (más tarde Agencia Judía), un Fondo nacional y una banca para la compra de terrenos en Palestina.

En 1898 emigró a Palestina la primera oleada (*aliá*, en hebreo) de pioneros judíos sionistas. Pensaban que el abandono del trabajo manual –en parte forzado por las restricciones que las autoridades de los países donde residían habían impuesto a los judíos– les había hecho débiles y decidieron volver a vivir de la tierra. Pero sus ilusionados propósitos chocaron con la realidad: murieron a racimos, especialmente afectados por la malaria y el hambre.

Unos años más tarde, entre 1904 y 1906, llegó la segunda, y más importante, *aliá* de sionistas centroeuropeos, idealistas de espíritu práctico, que contaba con una buena organización y amplio financiamiento judío, especialmente de los banqueros Rotschild, lo que les permitió comprar abundante tierra especialmente en las zonas costeras de la planicie de Sharon –entre Haifa y Gaza–, mencionada ya en la Biblia por su fertilidad. Hicieron esfuerzos titánicos para desbrozar un suelo hostil, desecar terrenos pantanosos, construir granjas colectivas –los conocidos *kibbutzs*–, escuelas y hospitales, caminos y aldeas. Muchos también murieron, especialmente de malaria.

Las tierras las financiaba la Agencia Judía y se las alquilaba a los colonos, a quienes les estaba prohibido subarrendarlas. En algunos casos, la adquisición de tierras a los terratenientes absentistas condujo al despido de los árabes palestinos y a su remplazo por los judíos de los *kibbutzs*. Los campesinos árabes, antes de la Primera Guerra Mundial, no poseían sus propias tierras, aunque sí les pertenecían los árboles que crecían en ellas. Cuando los judíos, que sólo conocían las leyes europeas, compraron las tierras, no entendieron que los habitantes de la región poseyeran

los árboles. Esto fue siempre una fuente de malentendidos y conflictos, especialmente con los olivos porque el olivo puede producir durante más de mil años.

Los colonos emprendieron la tarea de restaurar su antigua lengua hebrea, que había quedado reducida a usos litúrgicos; muchos abandonaron sus nombres y apellidos y tomaron otros de raíz bíblica. En esta segunda *aliá* llegó un muchacho polaco de 19 años llamado David Gryn, hijo de un abogado, que se había interesado por las ideas sionistas escuchando las conversaciones de su padre con los amigos. Hombre de acción, el joven no tenía interés en discutir el sionismo sino en vivirlo. Pronto cambiaría su nombre por el de David Ben Gurión (*el hijo del león*, en hebreo). Ben Gurión, que alcanzó el honor de proclamar la independencia de su país unas décadas más tarde, está considerado el padre del Israel moderno.

Aunque inicialmente la emigración judía hacia Palestina apenas encontró oposición por parte de los árabes palestinos, a finales del siglo XIX y principios del XX, a medida que el antijudaísmo crecía en Europa y la inmigración judía se incrementaba significativamente, la población árabe comenzó a alarmarse.

Durante siglos habían soportado invasiones extranjeras, pero esta invasión pacífica era diferente pues los sionistas preconizaban su derecho a establecer un Estado judío independiente. Pero ¿dónde? Porque lo que nunca quiso explicitar Herzl, el fundador del movimiento sionista, era cómo establecer un Estado en un territorio que legítimamente pertenecía a otro pueblo habitado por más de medio millón de personas. En ese aspecto, el sionismo asumía la mentalidad colonialista de la época y consideraba a Palestina como si estuviera desierta: *una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra*.

Con el poderoso apoyo financiero y político de las comunidades judías de la diáspora, los judíos de Palestina lograron comprar la tolerancia de las autoridades turcas para permitir la inmigración y la venta de terrenos, aprovechando la codicia y falta de visión de sus propietarios árabes, muchos de ellos ausentes de Palestina. Los árabes no poseían instituciones similares a las que los judíos estaban desarrollando debido al feudalismo que aún existía entre ellos y que permitía a los clanes más poderosos dominar a la mayoría de la población en su propio beneficio.

En 1917, los británicos y sus aliados terminaron con cinco siglos de dominio otomano en Palestina. Nada más iniciar su mandato, el 2 de noviembre de ese mismo año, Lord Balfour, a la sazón ministro de Asuntos Exteriores de Gran

Bretaña, comunicó por carta a Lord Walter Rothschild, jefe de la rama inglesa de la gran familia de banqueros que: *El Gobierno de Su Majestad ve con buenos ojos el establecimiento en Palestina de un Hogar Nacional para el pueblo judío... quedando claramente entendido que no se hará nada que atente contra los derechos civiles y religiosos de las colectividades no judías que existen en Palestina...*

Para tener una mejor idea de la situación diré que, según el informe Hope-Simpson, el primer censo de Palestina bajo mandato británico, en 1922, mostraba una población total de 649.048 residentes, de los cuales sólo 83.790 (13%) eran judíos; el resto lo componían 486.177 (75%) musulmanes, 71.464 (11%) cristianos, y 7.167 (1%) de otras confesiones, mayoritariamente drusos. Es decir, Gran Bretaña se proponía ceder el territorio a una minoría que no superaba el trece por ciento de la población.

La alarma árabe se tornó en estupor, primero, e indignación, después, ante esa disposición claramente imperialista y de dudosa legitimidad, porque el año anterior Sir Henry McMahon, representante de Gran Bretaña en Egipto, había prometido, aunque de forma ambigua, en nutrida correspondencia con el jerife Hussein de la Meca, la más alta autoridad religiosa musulmana, conceder a los árabes un gran reino independiente cuando terminara la Primera Guerra Mundial, a cambio de la revuelta de los árabes contra los turcos, aliados de Alemania en esa guerra. Los árabes, que habían cumplido fielmente su parte del trato y se habían levantado contra los turcos bajo la dirección del coronel Lawrence de Arabia y el príncipe Feisal, ahora se sentían traicionados por lo que consideraban una intolerable intromisión extranjera y exigieron a Gran Bretaña que se retractara, así como el cese de la inmigración judía.

Sin embargo, a pesar de las protestas árabes, el mandato británico fue apoyado por las potencias aliadas en la conferencia de San Remo de abril de 1920 y refrendado por la Sociedad de Naciones dos años más tarde para preparar el territorio para una eventual independencia.

Este mandato no sólo permitía a Gran Bretaña desarrollar su política en Oriente Próximo, pues Palestina servía de puente entre las fabulosas reservas de petróleo de Irak y el Canal de Suez, que era la puerta hacia el Océano Índico y las colonias británicas en Asia, sino que acercaba a los judíos a la consecución de un Estado propio.

La indignación árabe se tornó visceralmente contra los judíos, ahora considerados enemigos, en forma de explosiones de violencia en 1920, 1929 y 1935-38. Los judíos se vieron obligados a fortificar sus asentamientos y a formar organizaciones clandestinas de defensa que luego constituirían el embrión de sus fuerzas armadas.

Los conflictos entre colonos judíos, árabes y la administración británica se sucedieron sin que por ello cesara la emigración judía hacia Palestina, especialmente a partir de noviembre de 1938, tras la tristemente famosa *Noche de los Cristales Rotos* de Berlín, en la que los nazis dieron rienda suelta al terror de Estado contra los judíos revelando las verdaderas intenciones del Tercer Reich. Gran número de judíos huyó de Europa, teniendo a Palestina como única opción debido a las restricciones inmigratorias de los Estados Unidos.

Hacia finales de 1937, los británicos empezaron a replantearse la idea del hogar nacional judío a la conclusión del mandato y buscaron asegurarse la simpatía y el apoyo árabe en circunstancias que preludivan la Segunda Guerra Mundial. Una nueva declaración, emitida semanas antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, supuso un giro completo de la política británica en Palestina pues establecía que en el plazo de diez años Palestina se convertiría en un solo Estado independiente gobernado en común por árabes y judíos.

Para contrarrestarlo, previendo que el enfrentamiento armado sería inevitable, y con el fin de adquirir más experiencia militar, los judíos se ofrecieron voluntarios para enrolarse en las fuerzas armadas británicas. Los británicos aceptaron crear dentro de su ejército una unidad militar exclusivamente judía que sirviera bajo bandera británica, la Brigada Judía, que fue desplegada en Europa a principios de 1944. En ella, los judíos podían ocupar solamente posiciones de rango subalterno.

Mientras tanto, las crecientes y violentas hostilidades entre árabes y judíos habían creado la separación de hecho de ambas comunidades de Palestina. Los ingleses, hostigados por los nacionalistas judíos y las revueltas árabes, trataron sin éxito de convocar una conferencia árabe-judía. Los árabes propusieron un estado único en el que los derechos de la minoría judía serían respetados. Los judíos, la partición de Palestina y la creación del Estado de Israel. Sin acuerdo, e incapaces de controlar la situación, los británicos terminaron por solicitar la intervención de la recién creada Organización de las Naciones Unidas. A diferencia de los judíos, en un momento que se iba a demostrar histórico para los árabes

palestinos, éstos carecían de las necesarias estructuras políticas y de liderazgo. El mundo árabe en general, y el árabe palestino en particular, se encontraba en desventaja para resistir al desafío sionista que se avecinaba.

En 1945, el año de la partición, un estudio demográfico mostraba que la población era ya de casi 1.800.000, de los que un 60% era musulmanes, el 31,4% judíos, el 7,7% cristianos y menos del 1% de otras religiones. Miles de estos judíos habían logrado escapar de la barbarie nazi. La comunidad judía de Palestina había acogido a cuantos supervivientes lograron llegar a sus costas.

El conflicto árabe-judío de Palestina era el primer conflicto grave al que se enfrentaban los cincuenta y seis países que entonces componían las Naciones Unidas, muchos de los cuales no tenían relación ni interés alguno en el conflicto pero su voto tenía el mismo valor que el de las naciones implicadas. Los grupos de presión judíos de Estados Unidos hicieron una vigorosa campaña en pro de la emigración sin restricciones y de la creación del Estado de Israel. El gobierno americano, sensible a las presiones electorales, les apoyaba por razones humanitarias, aunque, paradójicamente, rechazaba discutir la ampliación de cuotas de inmigración a los Estados Unidos para los refugiados de Europa. Según Lapierre y Collins, el presidente Truman hizo personalmente responsable al embajador americano ante las Naciones Unidas de la aprobación de la partición. Varios países indecisos –Francia entre ellos– fueron amenazados con la interrupción de la ayuda americana. Aún así, la tarde del 26 de noviembre de 1947, día previsto para la votación, temiendo que ésta no resultara favorable, los agentes judíos reunieron a los delegados favorables a la repartición y les pidieron que ocuparan la tribuna de oradores de forma prolongada –artimaña que se conoce como *filibusterismo* en Estados Unidos– para provocar el aplazamiento del escrutinio 48 horas más y darles tiempo a ganar más adeptos. La maniobra tuvo éxito y en ese plazo lograron convencer a cuatro naciones opuestas al reparto –Grecia, Haití, Liberia y Filipinas– para que modificaran su voto.

El sábado 29 de noviembre de 1947 la Asamblea General de las Naciones Unidas, afectada por la mala conciencia del mundo occidental que había consentido el genocidio judío, y por la presión ejercida por los judíos del mundo occidental, aprobó por 33 votos a favor, 13 en contra y 10 abstenciones, la partición de Palestina en dos Estados: uno árabe y otro hebreo, que se llevaría a efecto tras la retirada de los ingleses en unos meses más. La resolución atribuyó a los árabes el 46% del territorio (11.500 km<sup>2</sup>) y a los judíos el 54% (14.100 km<sup>2</sup>, de los cuales 11.750 km<sup>2</sup> corres-

pondían al desierto del Néguev pero que les abría el paso al golfo Pérsico). Además, por la presión que ejercieron especialmente los países latinoamericanos, Jerusalén y su área circundante, incluida Belén, conformarían un *corpus separatum* de 700 km<sup>2</sup> bajo la administración del Consejo de Administración Fiduciaria de la ONU.

Los árabes, que eran mayoría en Palestina desde hacía siete siglos, consideraron que los países occidentales trataban de reparar así un crimen de exterminio masivo del que los árabes no eran en absoluto responsables. Durante esos siete siglos árabes y judíos habían compartido las mismas vicisitudes y habían vivido en paz y buena convivencia en Palestina. Las persecuciones antijudías, los pogromos, las masacres, habían sido llevadas a cabo por las naciones cristianas, no por el Islam. El Islam no había sido enemigo de los judíos. Incluso durante las persecuciones religiosas en países europeos, los judíos habían disfrutado de la confianza de los gobernantes en la España musulmana y habían conocido una época de esplendor hasta su expulsión por los Reyes Católicos. Por lo tanto, deberían ser las naciones cristianas quienes acogieran a los desplazados, a los supervivientes de los hornos crematorios hitlerianos, y no los palestinos. En esta línea de pensamiento, los árabes rechazaron verse desposeídos de lo mejor de su territorio por la decisión de la Asamblea General de las Naciones Unidas y fuerzas irregulares palestinas atacaron inmediatamente los núcleos de población israelita.

Desde ese día hasta el 14 de mayo de 1948, fecha fijada para oficializar la partición, ambas partes lucharon por consolidar su territorio mediante huelgas, revueltas, asesinatos terroristas, ocupaciones de edificios gubernamentales y de infraestructuras, expulsiones de territorios, etc. Las autoridades inglesas trataron de inhibirse y permanecer neutrales pero su pasividad agravó aún más el conflicto. En la primavera de 1948 las Naciones Unidas enviaron a su primer representante para preparar la aplicación de la partición. Era Pablo de Azcárate, un español. Le acompañaban un coronel noruego, un economista indio, un jurista griego y dos secretarías. Fueron recibidos desdeñosamente por las autoridades británicas, que ya previamente habían objetado su envío, y acogidos con recelo por árabes y judíos.

A las cuatro de la madrugada del día 14 de mayo de 1948, los soldados británicos, en secreto y en contra de lo pactado, comenzaron su retirada dejando Palestina sumida en el caos. A las cuatro de la tarde de ese mismo día, David Ben Gurión, en una sala del museo de Tel Aviv presidida por un retrato de Theodor Herzl, proclamaba la independencia del Estado de Israel dentro de los límites de la partición. El

Estado judío de Israel volvía a existir tras casi 2.000 años; la increíble predicción, la idea utópica y abstracta de Herzl, se cumplía con tan sólo once años de retraso.

Al día siguiente, los ejércitos regulares aliados de Egipto, Transjordania, Líbano, Siria e Irak penetraron en Israel. Pero a pesar de la enorme disparidad entre las fuerzas combatientes que favorecía a los ejércitos árabes, la falta de unidad árabe y el enorme coraje y organización con que lucharon los israelitas, que no tenían ya donde retornar, provocaron la derrota árabe y la expansión del Estado de Israel a gran parte de la antigua Palestina. El conde sueco Folke Bernardotte, enviado como mediador por las Naciones Unidas ese mismo mes de mayo, sólo pudo lograr un armisticio en julio de 1948 antes de ser asesinado por un grupo terrorista judío en septiembre. Hubo que esperar hasta febrero de 1949 para que la ONU lograra que se aceptara un armisticio que duraría casi 20 años.

Entre 800.000 y 900.000 palestinos huyeron de Israel buscando refugio en los países árabes colindantes, en algunos casos animados por los propios dirigentes árabes, que les prometieron que les devolverían Tel Aviv *sobre las alas de la victoria*. En otros casos, fueron amenazados y expulsados por las fuerzas regulares e irregulares israelíes.

El grueso de los desplazados pasó al reino de Transjordania, que un año más tarde anexionó el resto de Palestina que habían logrado retener las tropas árabes y cambió su nombre por el de Reino Hachemita de Jordania. Un número importante se acogió a refugio en el Líbano y otros muchos en la franja de Gaza, frontera con Egipto que pasó a administrarla militarmente. Desde entonces, ellos y sus descendientes viven de la caridad internacional en campos de refugiados atendidos por las Naciones Unidas. Al prolongarse indefinidamente su condición de *refugiados* pocos han logrado obtener la nacionalidad de los países árabes de acogida y sobreviven en condiciones precarias.

Pero ellos no fueron los únicos refugiados. En la zona israelí quedaron unos 120.000 árabes, que adquirieron la nacionalidad israelí y que, con algunas restricciones, gozaron de los derechos de ciudadanía y de representación a partir de 1952.

De forma paralela, la población judía que habitaba en países árabes (muchos desde antes de que esas tierras fuesen arabizadas e islamizadas), se vio obligada a emigrar en los años siguientes. Solo durante la década de 1950, medio millón de judíos huyeron o fueron expulsados de territorios árabes y se refugiaron en



Israel. El resultado final fue la liquidación casi total de las comunidades hebreas en países árabes. Más tarde, tras la caída del llamado *telón de acero*, ha habido una emigración importante de judíos de la antigua Unión Soviética y de Europa del Este hacia el Estado de Israel. Por otra parte, tras la *Guerra de los Seis Días*, la oleada palestina de refugiados fue de unas 300.000 personas, de las que casi un tercio eran refugiados por segunda vez. La mayoría se exilió en el Líbano, Jordania, Siria y los Estados del Golfo Pérsico.

La guerra de 1948 y las posteriores de 1956 y 1967 han reducido el territorio palestino a menos de 6.000 km<sup>2</sup> pero han puesto en evidencia que el predominio bélico israelita tiene cada vez más dificultades para imponerse sobre los árabes, cada vez más preparados y más capaces tecnológicamente. Hasta 1967, las guerras que mantuvo Israel fueron defensivas, pero a partir de su aplastante victoria en la *Guerra de los Seis Días* en junio de 1967 y la posterior ocupación militar de los territorios árabes, seguida inmediatamente por la expropiación de tierras para construcción de asentamientos judíos dispersos por toda Cisjordania y la subordinación de la economía palestina a la de Israel, la respuesta militar a los incidentes, en razón a su política de seguridad, ha sido inmediata y, a juicio de muchos observadores, desproporcionada. Se han sucedido los bloqueos económicos y ha crecido la espiral de odio entre las partes en conflicto.

Hasta aquí la génesis y el nudo de este conflicto que dura más de sesenta años. ¿Cuál será su desenlace?

Un antiguo jefe mío, sueco luterano casado con una judía húngara superviviente de Auschwitz, opinaba que el problema era insoluble... porque ambas partes tenían razón.

Yo estoy de acuerdo sólo parcialmente con mi exjefe. Este no es un conflicto racial ni religioso como pretenden algunos medios interesados. Ambos pueblos descienden del mismo tronco semita y sus religiones han convivido en paz durante siglos. El conflicto árabe-israelí es un conflicto tan viejo como la Humanidad: es un conflicto por la posesión de la tierra, que ambos necesitan para vivir con seguridad y de la que ambos han sido –en circunstancias diferentes– desposeídos.

El Estado de Israel nació en un momento excepcionalmente propicio que difícilmente podría volver a darse: al terminar la Segunda Guerra Mundial el mundo entero se sintió abrumado ante la magnitud del genocidio judío y vio con simpatía la

idea de un refugio, de un hogar nacional judío, lo que se pudo llevar a cabo porque en aquel momento existían imperios que disponían de la capacidad de crear o repar-tirse países a voluntad —el propio Winston Churchill, primer ministro británico, se vanagloriaba de haber dividido Palestina para crear el emirato de Transjordania de un simple plumazo un domingo por la tarde en El Cairo—.

Además de los ultraortodoxos judíos que no aceptaron —ni aceptan— la crea-ción del Estado de Israel porque aún no había llegado el Mesías, otros judíos están o estuvieron en desacuerdo con su creación. Arthur Koestler, judío, consi-deraba que *la resurrección al cabo de dos mil años, de Israel como nación es un fenó-meno aberrante de la Historia*. Stefan Zweig, en su conmovedor testimonio de la barbarie nazi, explica que en la Europa anterior a la Segunda Guerra Mundial, los judíos *se sentían ya mucho más ciudadanos de sus respectivos países que judíos propiamente dichos*. Y Primo Levi, judío italiano superviviente de Auschwitz, consideró que la creación del Estado de Israel era *un error en términos históricos*. Salvador Pániker se preguntaba en *El País* de 21 de mayo de 2010 si no hubiera sido más conveniente dejar que *lo judío* —al igual que *lo helénico* y *lo romano*— se acabara diluyendo en la gran corriente secularizada de la civilización occidental.

No cabe duda de que el Estado de Israel no ha sido el paraíso de paz y progreso que soñaban los visionarios sionistas. Tampoco se ha cumplido el sueño de Ben Gurión de convertir a Israel en el hogar de todos los judíos: poco más de la tercera parte de la población judía mundial vive en Israel, aunque cualquier judío tiene derecho a solicitar la nacionalidad israelita en el momento que lo desee. Por otra parte, la po-blación árabe que vive en Israel, que tiene una tasa de crecimiento demográfico muy superior a la judía, puede alcanzar en este siglo la mayoría dentro del Estado.

Es obvio que las guerras cíclicas no son la solución a un conflicto cada vez más enconado, por lo que habrá que intentar alcanzar un acomodo parcial. No se puede pretender conseguir justicia absoluta para un pueblo a costa de cometer injusticia con el otro. Los árabes reclaman su derecho al retorno (reconocido por las Naciones Unidas), pero los israelitas, que fueron injustamente expulsados de sus casas por la barbarie nazi, tampoco pueden volver a las suyas y el 70% de la población judía del Estado de Israel ha nacido en el país.

Han transcurrido sesenta y tres años, cinco guerras y docenas de enfrentamien-tos armados desde la partición. Ambas partes exponen razones válidas. Ambas partes tendrán que ceder para alcanzar la paz y la seguridad deseadas.

El pueblo judío, que ha producido al menos 170 premios Nobel, que ha contado con personalidades como Newton, Einstein, Freud, Marx, Spinoza, Proust, Kafka, Mendelssohn, Mahler, Chagall, Modigliani... y Woody Allen, no debe consumir su energía creativa en un conflicto interminable que causa tanto dolor a su pueblo y a sus adversarios. Como opinaba Primo Levi, el Estado de Israel puede haber sido un error histórico, pero es un error consumado e irreversible, y ambos pueblos tienen derecho a vivir en paz y seguridad.

El Estado de Israel tiene hoy reputadas universidades, magníficos centros de investigación, institutos tecnológicos de gran prestigio, muy buenos hospitales. Si se alcanzara una paz justa y todo ello se volcara en extender el progreso a todos los habitantes de la antigua Palestina aprovechando la laboriosidad del pueblo árabe, esa zona, una de las más conflictivas hoy día, se transformaría en un foco de progreso y bienestar.

Al día de hoy, las principales cuestiones son la soberanía de la franja de Gaza y Cisjordania, la eventual formación de un Estado palestino en dichas áreas –que acaba de ser solicitado a las Naciones Unidas–, el estatus de la parte oriental de Jerusalén, el destino de los refugiados palestinos y el de los 132 asentamientos israelíes en Cisjordania, y el reconocimiento de Israel y Palestina, de su derecho a existir y vivir en paz al abrigo de amenazas y actos de fuerza.

De todos ellos, el único asunto verdaderamente difícil de resolver es el destino de los refugiados palestinos; los demás son complejos y pueden ser dolorosos, pero si desde entonces Alemania ha logrado la paz con Rusia y Francia después de dos devastadoras guerras, si Estados Unidos y Japón han arreglado sus diferencias en paz, no parece que deba ser imposible llegar a una solución pacífica en el Oriente Próximo, que es hoy día la zona más inestable del mundo y que puede llegar a poner en serio peligro la paz mundial.

Ojalá se logre pronto. Hagamos votos por ello.

## **Breve nota biográfica**

El autor es Radiotelegrafista y Técnico en Administración Financiera. En su calidad de funcionario de las Naciones Unidas ha trabajado durante trece años en Israel, Jordania, Líbano, Siria, la franja de Gaza, Egipto, Arabia Saudita y el Yemen. Es autor también del número 59 de la colección Cuadernos UMER “La ONU: una visión desde dentro”.

## CUADERNOS DE U.M.E.R.

Nos. 1 al 44 agotados. Pueden consultarse en la página web [www.umer.es](http://www.umer.es)

Nº 45: "Educación y Ciudadanía". Aurora Ruiz González.

Nº 46: "Miguel Mihura y el teatro de su tiempo". Julián Moreiro.

Nº 47: "Actitudes humanas, actitudes sociales". José María Huerta Paredes.

Nº 48: "España, de país de emigrantes a país de inmigrantes". Alicia Alted Vigil.

Nº 49: "Entre los bastidores de la historia del teatro". Juan Carlos Talavera Lapeña.

Nº 50: "No perdimos la esperanza (Recuerdos desde la U.M.E.R.)"

Nº 51: "Medios de comunicación. La vida como espectáculo". Luis Matilla.

Nº 52: "El dos y el tres de mayo". Cristina del Moral.

Nº 53: "Aproximación a la independencia iberoamericana en el bicentenario de su inicio". M<sup>a</sup> Jesús García-Arévalo Calero.

Nº 54: "El cine cómico español en la primera mitad de los años cincuenta". María de los Ángeles Rodríguez Sánchez.

Nº 55: "Inmigración y Derechos Humanos". Augusto Klappenbach.

Nº 56: "El tiempo y la huella de Larra (1809-1837)". Feliciano Páez-Camino.

Nº 57: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca" UMER (2004-2009).

Nº 58: "La educación en España en el primer tercio del siglo XX: la situación del analfabetismo y la escolarización". Alfredo Liébana Collado.

Nº 59: "La ONU: una visión desde dentro". Francisco Acebes del Río.

Nº 60: "La Capilla del Obispo (de Nuestra Señora y San Juan de Letrán)". Emilio Guerra Chavarino, Investigador; Rosario Zapata, Transcriptor.

Nº 61: "Barrio de Maravillas, de Rosa Chacel". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 62: "Breve historia de la Estadística y el Azar". Benita Compostela Muñiz.

Nº 63: "Miguel Hernández (1910-1942), *en el sabor del tiempo*". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 64: "Los retos de la educación para la ciudadanía". Luis María Cifuentes.

Nº 65: "Las mujeres en la Ciencia". Antonio C. Colino.

Nº 66: "Miguel Hernández. Con tres heridas: la de la muerte, la del amor, la de la vida". María Jesús Garrido.

Nº 67: "El Banco de España: funciones e historia". Enrique Ortiz Alvarado.

Nº 68: "Carmen de Burgos: La voz de los sin voz". Carmen Mejías.

Nº 69: "Del *Cantar* del Cid a *Cemuda*: El destierro en la poesía española". Feliciano Páez-Camino.

Nº 70: "El conflicto árabe-israelita: génesis y nudo". Francisco Acebes del Río.